
ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES



FIN DEL IDEOLOGISMO: DIEGO ALCORTA¹

JOSÉ INGENIEROS

Otra prueba del nuevo espíritu reinante fue, en 1823, la ascensión de un médico a la cátedra de filosofía: el Dr. Diego Alcorta, joven de humilde origen, nacido en Buenos Aires el año 1801. Tal era su pobreza que no hubiera podido cursar estudios en la Escuela de Medicina sin la ayuda de personas que le ofrecieron generoso apoyo, inducidas a ello por la viveza de su ingenio, tempranamente

¹ Publicado originalmente en *La evolución de las ideas argentinas*, de *Obras Completas* de José Ingenieros, revisadas y anotadas por Aníbal Ponce, Vol. 14, pp. 226-230. Ed. L.J.Rosso, Buenos Aires, 1937.

revelado.

Su amplitud de ideas le inclinó desde los primeros años hacia el estudio de la fisiología y la patología mental, graduándose en 1827 con una tesis sobre la *Manía aguda*, primer ensayo de psiquiatría escrito por un argentino y publicado en el país. No diremos que fueron profundas ni originales las doctrinas sostenidas en ese trabajo primerizo. Revelaban, sí, sagaz discernimiento, inspirándose en lo que era por entonces la mayor novedad en esa ciencia; trasuntaban las ideas que Pinel y Esquirol habían agitado en Francia, para redimir a los alienados de las cadenas con que los venían cargando, desde varios siglos, las preocupaciones religiosas.

A través de los alienistas mencionados, que pertenecían a la escuela de los ideólogos, y de Cabanis, cuyas doctrinas sobre las relaciones entre el cuerpo y la mente había difundido ya Cosme Argerich, profesor suyo, se interesó Alcorta por los problemas filosóficos que se agitaban en la Universidad. Con motivo de haber renunciado Fernández de Agüero, llamóse a concurso para proveer la cátedra de “ideología”, obteniéndola Diego Alcorta por unanimidad.

Su nombramiento confirma que el nuevo espíritu científico, difundido en la época de Rivadavia, no se había apagado totalmente con su renuncia; la idea de que la observación y la experiencia son los únicos caminos seguros de la verdad, había penetrado en el ambiente universitario.

El hecho de confiar una cátedra de filosofía a un médico, frecuente hoy entre nosotros² (1), era casi inconcebible en esa época, aun en Europa. Considerábase al profesor de filosofía como un hábil dialéctico consagrado a explicar toda cuestión que fuera evidentemente inexplicable, reuniéndose tales cuestiones con el nombre de metafísica; admitíase, en algunos casos, que tuviera el filósofo algún barrunto de ciencias, pero se descontaba que serían ciencias matemáticas, y nunca ciencias biológicas, sociales o físico-naturales.

Con Alcorta la enseñanza de la filosofía se mantuvo ideologista, con más de Cabanis que de Tracy. La psicología pasó a ser el fundamento de las otras disciplinas filosóficas, apartándose el profesor de los problemas dialécticos que por ese entonces constituían la metafísica. Alcorta imprimió a la psicología un sello marcadamente fisiológico, acordando, especial importancia al estudio de los órganos de los sentidos; adviértese fácilmente que nunca perdió su contacto con los adelantos de la ciencia europea.

Hace pocos años publicó Groussac los apuntes de un “Curso” de Diego Alcorta; su

² En nuestra Facultad de Filosofía (1917) hay siete médicos profesores; cuatro alienistas, Alejandro Korn, Francisco de Veyga, Cristofredo Jacob, y el que escribe; un fisiólogo, Horacio G. Pinero; dos clínicos generales, Teófilo Wechsler y Antonio Vidal,

lectura muestra que, en el fondo, sus lecciones eran tan “impías y heréticas” como las que habían obligado a renunciar a su antecesor; revelan, evidentemente, mayor tecnicismo médico, pero menos vuelo filosófico, faltándoles el estilo incisivo y punzante con que el otro las expresaba.

La circunstancia de que Alcorta pudiera profesarlas sin que nadie le molestase, no obstante haberse consolidado ya la restauración rosista, deja comprender que en las persecuciones a Fernández de Agüero habían intervenido fuerzas políticas contrarias, movidas por su amistad estrecha con Rivadavia. Comparados los cursos dictados por ambos, se advierte que Agüero fue elocuente y combativo, con un temible temperamento de apóstol, aparte de que su antigua experiencia ortodoxa le permitía ser cuña del mismo palo cuando atacaba al dogmatismo; Alcorta, en cambio, tenía ideas parecidas, pero las difundía con prudencia y sin originalidad guardándose muy bien de sacar las naturales consecuencias de las doctrinas que enseñaba. Este carácter acomodaticio le permitió exponer su sensacionismo, teniendo por rector al propio Sáenz, y continuar su curso durante el gobierno de Rosas, sin tomar partido en su favor, pero guardándose muy bien de tomarlo en contra. Pocos profesores de ese tiempo fueron más queridos por sus alumnos; su prestigio mundano era tan grande como su influencia sobre la juventud.

Además de los autores médicos que habían orientado sus doctrinas, Diego Alcorta conocía a Locke, a Bonnet y a algunos de los enciclopedistas. No era propiamente erudito, y de los filósofos antiguos sabía muy poco; para colmar esa laguna le bastaba con la lectura de la *Historiadte la Filosofía*, por De Gérando, autor intermediario entre la ideología y el eclecticismo, que alcanzó a conocer.

Su enseñanza fue discreta, dado el ambiente peligroso en que hubo de profesarla. Todos los que fueron sus alumnos, antes de 1840, le han recordado con cariño en sus escritos y muchos hablan de él con veneración, como Alberdi, Vicente Fidel López, Juan M. Gutiérrez y otros. Algunos han juzgado severamente su bondad, por haber permanecido en el país después de 1840, cuando todos los hombres de pensamiento tuvieron que emigrar para no someterse a las imposiciones de Rosas. Esa imputación de mansedumbre sería una sombra en su biografía, pues no hay defecto más grave en quien tiene cargo de educar a la juventud, siempre necesitada de altos ejemplos de carácter firme y valor moral. Pero Diego Alcorta no se pertenecía a sí mismo; al mismo tiempo que profesor de filosofía, era médico y filántropo, el médico más querido y respetado en Buenos Aires. Se debía a sus enfermos, que hubieran permanecido desamparados sin el consejo de su ciencia y sin el consuelo de su palabra. Na emigró para cumplir su más alto deber, el que había jurado solemnemente al doctorarse en medicina y del que ningún médico digno puede apartarse en horas críticas para la vida de sus semejantes.

La ciudad entera se lo agradeció poco, después, conmoviéndose al ocurrir su fallecimiento en 1842, rodeado por el cariño de hombres de todas las edades, de todas las clases sociales, de todos los partidos.

Con Diego Alcorta se interrumpe en la Universidad de Buenos Aires la influencia de los “ideólogos” franceses. En París habían sido ya suplantados por los eclécticos, a favor de la reacción política, que veía, con razón, en aquéllos, a los continuadores de los enciclopedistas y a los verdaderos filósofos de la revolución desde el gobierno.

Los de Buenos Aires fueron, igualmente, los continuadores del espíritu de la revolución argentina. Para que el destino de unos y otros fuese el mismo, como lo habían sido su origen enciclopedista y su función en el pensamiento revolucionario, sobrevino en nuestro país una reacción similar a la francesa, con esta diferencia mientras en Francia los eclécticos -después la restauración borbónica- devolvieron el predominio a la tradición cartesiana, en la fueron llamados los jesuitas para restaurar la escolástica hispano-colonial. La diferencia era legítima: Descartes no era Suárez. Cada país “restauraba” lo que antes había tenido.